

EL HIJO DE PUTA SENTIMENTAL

ILDEFONSO ARENAS

EL HIJO DE PUTA
SENTIMENTAL



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Ilustración de la cubierta: fotograma de *La soledad del corredor de fondo* (1965)

Primera edición: junio de 2016

© Ildefonso Arenas, 2016
© de la presente edición: Edhasa, 2016
Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1240-9

Impreso en Huertas

Depósito legal: B. 11541-2016

Impreso en España

«Para ser miembro irreprochable de un rebaño
de borregos es preciso, ante todo, ser borrego.»

Albert Einstein

Para Carolina

Mi profundo agradecimiento a Yago Sebastián de Eri-
ce, que una vez me explicó, con todo detalle, cuáles eran
los sentimientos de los soldaditos de reemplazo que con-
ducían para generales.

Tanto los personajes como las situaciones y aconteci-
mientos descritos en la obra son fruto de la imaginación.
En ningún caso corresponden a personas o acontecimien-
tos reales. De haber alguna coincidencia, será en todo caso
involuntaria, fruto de la casualidad y del azar, y ajena por
completo a la voluntad del autor.

hijo de puta. Academia: expresión injuriosa y de desprecio. // El dicterio más común y violento del idioma castellano –María Moliner, *Diccionario de uso del español*: ‘Es el insulto más soez y violento que se puede usar’; Víctor León, *Jerga española actual*: ‘Se usa frecuentemente como insulto muy ofensivo’– ya desde los albores del idioma: *Fuero de Madrid XXVIII*, «De uerbo uedado» (edición de A. Millares, página 36): ‘Toto homine qui a uezino uel a filio de uezino aut a uezina uel filia de uezina, qui a mulier dixerit «puta» aut «filia de puta» uel «gafa», etc’–. // ... La violencia del dicterio ha dado lugar a infinidad de locuciones que funcionan como eufemismos sustitutorios por contigüidad semántica o fonética; su abundancia y su, en muchos casos, dudosa contaminación erótica inmediata, me inclinan a no rastrearlos en detalle, limitándome a la mera enumeración de algunos de ellos: bastardo, hi o hijo de aforros, hijo adulterino, hijo de... de chuta o de la chuta, de condón pinchado, de cual o de cualquiera, de cura, de ganancia, del arpa, de la cagada, de la china Hilaria, de la

chingada, de la chucuta, de la grampa, de la Gran Bretaña, de la grandísima, de la granja, de la gran o de la grandísima perra, de la gran o de la grandísima Petra, de la gran o de la grandísima pucha, de la gran /o de la grandísima puerca, de la gran o de la grandísima puta, de la guayaba, de la lapa, de la piedra, de la real y medio de la tierra, de la yuca, de madre o de su madre, de mala madre, de mil leches, de padre o de su padre, de perra, de Petra, de porra, de pucha, de puya, de siete machos, de tal, de una, de zorra, hijole, espurio, natural, sacrílego, hijuna.

hijoputa. Contracción de ‘hijo de puta’. Es forma moderna, común en el habla popular, frecuentemente recogida en literatura.

hijoputada. Acción propia de hijo de puta, cabronada, 3ª acepción. // Víctor León, *Jerga española actual*.

hijoputesco. Referente al hijo de puta o propio de él. // Juan Marsé, *La oscura historia de la prima Montse*, página 166: ... y no es tampoco la tonta mansedumbre ni la hijoputesca astucia que caracterizan nuestro subdesarrollo...?

hijoputez. 1. Hijoputada. // A. González León, *País portátil*, página 231: ‘Y así se vinieron, ojerosos, mal heridos, agotados, pero con una enorme gana de hacer pagar muy caro aquella hijoputez.’ // 2. Calidad de hijo de puta. // Víctor León, *Jerga española actual*: ‘Vileza, indignidad.’

*Enciclopedia del Erotismo, Camilo José Cela**

* Nota del autor: Es una copia exacta del texto original, Sedmay, Madrid, 1976, pág. 716.

Viernes, 6 de julio de 1990

La madre de Kjell Oscarius había sido una cotizada prostituta vocacional desde sus catorce hasta sus cuarenta y tres. Al poco de cumplirlos, una metástasis en las cervicales se la llevó al paraíso de las de su oficio. A su muy mal visto modo de ganarse la vida se debía que Kjell, o Kilinho para los pocos que se asomaban a su intimidad, se cociera bajo un sol de plomo según pasaba lista el sargento de semana. Era uno de los trescientos reclutas que habían comenzado cuatro días antes el periodo de instrucción previo a la jura de bandera, para tras eso regalar sus vidas a la Patria durante once meses más. Cada mañana pasaban lista, cosa que se llevaba sus buenos veinte minutos. Él calculaba que no le tocaría gritar su segundo apellido por lo menos en diez más, un tiempo que invertía en reflexionar sobre aquella ceremonia carcelaria. En su airada opinión —pese a ser poco dado a la literatura filosófica británica solía verse a sí mismo como un *angry young man*— era propia de súbditos, de

vasallos, no de pagadores de muy considerables impuestos, lo cual era su caso, no sabía él si por suerte o por desgracia.

Habría debido declararse objetor, se repetía; era lo que hacían casi todos los universitarios, porque a marcar el paso, en ese país, sólo se plegaba la hez de la juventud, infelices sin trabajo, sin dinero y sin estudios malamente capaces de hacer la O con un canuto. Cerca estuvo de tirar por ahí, pero le sublevaba pasar año y medio de su vida paseando por las calles abuelos asquerosos. En cuanto a largarse, aún habría sido peor. En parte porque poseía un cierto patrimonio que a distancia le sería difícil administrar, y en parte porque su profesión era de mucho viajar. De haber huido no podría regresar al que aún era su país, so pena de acabar en la cárcel nada más aterrizar. Sería una limitación incompatible con su modo de ganarse la vida, ya que rara es la multinacional que contrata delincuentes, por mucho que su delito, no haberse sometido a la humillante degradación de un servicio militar obligatorio, no lo fuera en el país abanderado de la única cultura que para él valía la pena: la del dinero.

Declararse insumiso ni lo consideró. Aceptar veintiocho meses de presidio por una cuestión de principios era, en su opinión, propio de retrasados mentales. Si algo despreciaba era el idealismo, en cualquiera de sus estúpidas manifestaciones. Una muestra más, lo aceptaba, de su hijoputez existencial. Él era consciente de su identidad social desde nada más cumplir tres años, cuando una vecina de parecido tonelaje le arreó una patada en sus partes tras llamarle *filho de puta*. Era un recuerdo grabado a fuego en su

memoria más lejana. Los tenía peores, aunque alguno era mejor. Uno muy bonito era ir con su madre y algunas putas más al restaurante A Quinta, el que coronaba el elevador de Santa Justa, para encontrar una tarta de pocas velas y asomarse a las bellezas de Lisboa desde los miradores que alegraban el lugar. El A Quinta ya no existía, pero le hacía pulsar el *pause* cuando le daba el muermo y reveía un cierto minuto de *La peau douce*.

—¡Carlos Barbosa!

Todavía la C. Kjell seguía en lo mismo, en evocar una ciudad olvidada. Imágenes sueltas, inconexas. Y un aroma: el de la cocina del hotel Tivoli, donde su madre le dejaba cuando se quedaba sin opciones de que alguien le cuidase y donde algún alma compasiva le daba de cenar mientras ella trabajaba. Una madre poco envidiable, la suya. Nunca le quiso mucho, ni él a ella, pero en aquellos tiempos, o eso quería él creer, hubo entre los dos una relación animal, de bestia y cachorro, que aunque ya extinguida, y de muchos años, aún le transmitía un tenue calor.

Era, también, una madre muy exótica. Hija de fregona portuguesa y sueco adolescente muy salido. Nacida en Grönhögen, isla de Öland. Allí escondió el padre del sueco a su abuela llorosa tras saber que un incidente asaz vulgar entrañaba consecuencias. Tras eso, el ucase: apellido para la recién nacida y un dinero a cambio de callar y largarse. Su abuela no debió de dudarle mucho, porque su madre nunca supo una palabra de sueco pese a ser tan mestiza. Muy alta, como no suelen ser las portuguesas, y morena como un tizón aunque con los ojos muy azules.

Una mezcla irresistible, tanto que a los catorce, convencida del «antes puta que fregona», sacó el virgo a subasta y luego echó a volar. Un vuelo que le llevó a París. Ni *cocotte* elegante ni trotacalles de Place Clichy. Su mercado era el hotel caro. Las comisiones con que compraba porteros y conserjes, más alguna satisfacción en especie, le aseguraban un buen flujo clientelar. A las putas de hotel caro rara vez las inflan, así que se arriesgó a vivir sin protector. Aprovechaba sus años buenos y ahorrraba cual hormiga, temerosa de verse otra vez en el Algarve con una mano delante y otra detrás. Aquello se lo había contado en sus últimos meses, entre chute y chute de Buprex, a sabiendas de morir y queriendo dejar algún rastro. Algo que le permitiera ensoñar que no desaparecería del todo.

Kjell existía gracias a la bioquímica moderna. La *pilule* hacía que su madre trabajara con más garantías que sus colegas de diafragma e irrigador, aunque a cambio de quedarse al paio un mes al año, ya que los ginecólogos escépticos no acababan de fiarse del enigmático estrógeno sintético. En uno de ellos se fue a Biarritz, de gozosa meretriz en dique seco, al Hôtel du Palais y por todo lo alto. Albergababa la ingenua esperanza de levantar un millonario, pero se le notaban demasiado la putez y la incultura para que alguno picase. A los pocos días, aburrída, se ligó un alemán jovencito, guapetón, divertido, con muchísimo dinero y que andaba en esa tontería de los coches de carreras. Acababa de ganar una que duraba un día entero y lo quería celebrar. A eso se pusieron. Una semana sin freno que a ella le valió para enchocharse más allá de la locura y no

trabajar en año y pico. El alemán, que años después se mataría en Italia, se despidió al estilo de los buenos caballeros, soltándole una propina tan colosal que semanas después le hizo preguntarse por qué no. Por qué no tenerlo. La naturaleza es como es y los instintos mandan, y a ella, no sabía por qué, le apetecía parir su bastardillo.

Él habría debido nacer en Francia y así ser francés, pero según pasaban los meses su madre se sentía más y más insegura. Se gastaba una fortuna en hablar con su hermanastra Mariza, que vivía de fregar en una clínica de Belmonte. Irse a parir con ella era una tentación irresistible. Sólo el fetillo saldría perdiendo, pues ya no sería francés. Pues bueno. Que se aguantase. Tampoco ella lo era y bien que le habría gustado. Así, de siete meses largos, se plantó de una sentada en el pequeño piso de Mariza, en su *Caravelle* que nunca quiso vender y que veintidós años después él acabaría regalando a la enfermera que cada día le cambiaba la cama, le aseaba lo justito y le ponía su Buprex.

El 21 de marzo de 1966 su madre le parió de muy mala manera, pues como buen hijo de puta venía con el culo por delante. Ya en ese primer momento de su vida, se lo había explicado muchas veces, demostró que lo era y con creces. Semanas después ella decidió que Belmonte no era buen lugar para criarle, y de ahí que al poco salieran para Lisboa. Pretendía colocar el bebé a la tía y retornar al ejercicio de la profesión, pues ya estaba en las últimas. Él no se acordaba de su abuela, pero sí de la gélida madrugada en que dejaron el Bairro Alto a todo andar. Un viaje interminable hasta el centro de una ciudad que detestó

nada más verla. Sucia, hostil, ruidosa, fétida y donde no entendía una palabra. Salvo que ahora entendía casi todo apenas había cambiado. Seguía sin gustarle, y de ahí que viviera en un pueblo de las afueras. Aun así, era el lugar donde trabajaba, y donde debería padecer el a su entender muy degradante servicio militar.

No estuvo allí mucho tiempo. Al poco de cumplir seis años se vio frente a un portalón siniestro. Los frailes. Severos. Estrictos. Crueles. Qué internado, aquél. Hijos de puta, de soltera, rebeldes, difíciles, raros, vagos, tontos..., Ninguno de aquellos hijos daba la imagen que suelen ansiar los padres infelices que aún no se han curado los espantos. Los religiosos les aplicaban una distinción genérica: bordes y tarados. Los hijos de las putas, arquetipo de los que han nacido más allá del borde, solían ser espabilados. Los tarados, no; a cambio eran sociables, quizá por sentirse inseguros. Es algo que sucede cuando no hay mayorías, y allí, en el sombrío internado de una pétreo ciudadela fronteriza, sólo había minorías. La más numerosa, externos y mediopensionistas. Luego, hijos de puta y asimilados. Por fin, los tarados. Los externos y los mediopensionistas, compasivos, les trataban. Los hijos de las putas, no. Eran incapaces. E implacables. Se agazapaban tras sus blindajes, en su individualidad. No se querían. Los hijos de las putas jamás quieren a nadie, aunque saben aliarse. Hijos de puta y asimilados, contra todos los demás. Contra el mundo entero. Un fenómeno fascinante, aquellos hijos de puta que ni se hablaban entre ellos, formando cual legión para hostiarse con los tarados. Una relación mejor. Práctica. Los amigos

quieren serlo para siempre, de modo que tarde o temprano se vuelven insufribles. Los aliados, no. Lo suyo es el apoyo puntual: «hoy, drea con los externos». Mientras dura el proyecto, la batalla, la guerra, los aliados forman como si fueran uno, pero cuando acaba la barbarie cada cual vuelve a su vida. Curiosa esencia, la del hijo de puta.

Seis años de condena. Los más hermosos en la vida de cualquier niño para él fueron Uniforme, Ayuno, Disciplina, Rosario, Confesión, Oración, Penitencia y Comunión. Le deprimía evocarlos, aunque algo bueno les debía: gracias a ellos era un joven sumamente práctico. Su filosofía, gracias a los santos varones, era no salirse del mínimo esfuerzo. Les debía, también, ganarse la vida como se la ganaba. Un día de 1975, aún niño de nueve años, le dejaron sentarse frente a un terminal conectado al Ministerio de Educación. El enigmático artefacto, que había llegado allí en virtud de algún olvidado programa educativo —los frailes ni lo encendían— y a cuyo través aparecía un Univac 1108 que suponían monstruo rebosante de lucecitas, al poco se convirtió en su esperanza de fuga. No tardó en dominar su primer lenguaje de programación —el Basic 1100, explicaba desde su soberbia de niño muy precoz, lo podía entender cualquiera—, ni en desarrollar su primera funcionalidad —el censo de los externos; tosco y muy mal hecho, sí, pero cada cosa tiene su principio—. Desde ahí todo fue fácil. Los frailes se acostumbraron a verle horas y horas sentado frente al terminal, y también a que cada vez tardara menos en materializar sus simples peticiones funcionales. Hasta hicieron planes de crear

un aula informática, pero sin esperanza de convertir al enano aquél en profesor. No ya porque los mayores se negarían a respetar al renacuajo, sino por intuir el tal que si algo no se debe compartir es el conocimiento. Los frailes se resignaron a considerarle una rareza, en el criterio de que algún día maduraría, pero ahí fue cuando él vio, por primera vez en sus doce años de vida, la en verdad maravillosa sonrisa de los dioses.

Su madre, por entonces, era una estupenda puta de clase media, conservadora y prudente; deseaba lo mejor para su hijo, por lo que puso buena cara el día de su decimosegundo cumpleaños, al saber de su propia boca que se había concertado un intercambio con un internado irlandés, donde podría estudiar el curso siguiente y volver bilingüe, lo que debía de ser bueno para ganarse bien la vida. Era una explicación muy pensada, porque su madre, de natural impaciente, cuando se hacía una composición de lugar, la que fuese, ya no había forma de sacarla de allí. Tuvo éxito, porque no se limitó a dejarle tirado en la puerta, como hacía siempre, sino que pidió hablar con el hermano João, el jefe de estudios. De todos los regalos que le había hecho hasta ese día, y de los que le haría después, ninguno lo agradeció tanto como aquél.

Un día de julio de 1978 se vio en un aeropuerto, junto a tres externos, para pasar un año en un ignoto Coláiste Adhamhnáin. En Belfast les aguardaban un coche, un cura y un acento incomprensible. Desde ahí fueron pasando por Antrim, Derry y Donegal, hasta llegar a un pueblecito situado al fondo de un estuario. La capital del

Donegal County –los políticos nacionalistas insistían en llamarla Leitir Ceanainn, que viene a significar ‘las húmedas colinas de los O’Cannons’, aunque para las personas decentes era Letterkenny a secas– no pasaba por ser la más bella de las ciudades irlandesas, pero destacaba en el floreciente negocio escolar, además de ser donde hacían la compra los habitantes de la cercana Derry, de precios no sólo británicos, sino mucho peores. El Coláiste Adhamhnáin, St. Eunan’s College en el universo del idioma inglés, era un internado por demás reputado. Tanto, que a veces vendía demasiado. De ahí que, nada más llegar, los cuatro aprendiesen una palabra nueva: *overbooking*. La consecuencia sería que uno de los cuatro no dormiría en el Coláiste Adhamhnáin, porque no quedaban literas, y sería realojado en una casa de familia. Él se ofreció antes de que los otros dijeran nada, por instinto. Quizá, se dijo años después, aquélla fue la primera evidencia de que la tenebrosa Eris, melliza de Ares, diosa de la insidia, la discordia y el desorden, y santa patrona de los *hackers*, los ácratas y los hijos de las putas, le protegía.

Los MacSwiney eran padre, madre, tía y cinco hijos. Habitaban un caserón habilitado como *bed & breakfast*. En verano dormían en cuatro *roulottes* aparcadas en la calle, siendo raro que no colgaran en la fachada el envidiable «no vacancias». Vivían amontonados, a fin de dejar libres cuantas habitaciones pudieran y alquilarlas a turistas y estudiantes. Mr MacSwiney conducía un taxi; tenía buena relación con el Fianna Fáil y el Sinn Fein, y así era frecuente que llegase hasta Derry, si no a Belfast, transportando capitostes. Mrs.

MacSwiney redondeaba la renta familiar vendiendo cachorros. De vez en cuando colocaba una camada de preciosos *bearded collies* —explotaba un macho flemático y varias hembras juguetonas—, de modo que la propiedad disfrutaba un excelente olor a perro. Miss O'Mahony, la tía de Mrs. MacSwiney, solía ser invisible. Los hijos no eran listos, aunque sí amistosos. En realidad lo fueron todos al ver que aceptaba compartir la *roulotte* de Miss O'Mahony. No imaginaban que, tras seis años de *vernichtungslager* frailuno, compartir una *Knauss* desvencijada con la seca profesora le parecía lo más cercano imaginable al Edén.

Compartir una *roulotte* con una profesora jubilada puede no ser desagradable. Basta con que la tal sea paciente con las continuas preguntas de un niño curioso. A Miss O'Mahony, que pronto fue Siobhán a secas, le gustaban los chicos espabilados, una especie inusualmente rara. Su compañero de *roulotte* le parecía no ya inteligente, sino ávido de aprender. Fue una suerte que la primera línea inquisitiva se iniciase frente a la fotografía que presidía la salita de los desayunos. Saber que aquel individuo con pinta de chuleta era Michael Collins a Kjell no le dijo nada, pero tras escuchar su historia de los pacientes labios de Siobhán tuvo claro que cuando él fuese mayor también sería terrorista. La exquisita falta de piedad de aquel *director of political assassination*, su admirable sangre fría de recorrer en bicicleta las calles de Dublín seleccionando buenos objetivos, y su eficaz despliegue de comandos, concebido para golpear al invasor donde más le doliera, le convertían, a sus cándidos ojos, en el héroe a imitar.

Al tiempo que pasó en Letterkenny debía el áspero acento de los condados del norte, un sincero amor por la música irlandesa —se pasaba la vida tarareando las muchas letrillas apócrifas del salvaje *Garry Owen*— y una insensata manía por medir la vida en libras, pies, yardas y pulgadas. También, una benevolente comprensión de la esquizofrenia local. La percibía en sus episódicos encontronazos con el *irish*, o gaélico. Los MacSwiney no lo hablaban entre ellos, salvo si tocaba hospedar fanáticos de La Causa o en presencia de orejas unionistas, aunque aquí sólo por molestar. Para él pronto estuvo claro que los habitantes de Letterkenny, o al menos su mayoría, eran conscientes de que su lengua nacional no valía para nada, salvo en todo caso afirmar que ya no eran británicos, y eso a pesar de que buena parte de la renta local venía de lo bien que allí enseñaban el inglés de Bernard Shaw.

Su madre aceptó dejarle allí un segundo año. Fue la mayor alegría que le habría podido dar. Había logrado no hacer amigos, por la ventaja de ser *day boy* —externo— donde casi todos eran *pupils* —internos—. Gracias a eso estudiaba y aprendía libre de sesgos gregarios, inevitablemente catequistas. Asimismo descubría la literatura, la música, el cine y el teatro; a escala provinciana, sí, pero algo es mejor que nada. Redondeando su vida, Siobhán. Le adiestró en todo lo que suponía ella necesario para vérselas con la vida. Le enseñó a fumar, a beber, a conducir, a cabalgar, a coser, a cocinar, a teclear con todos los dedos, a montar en bicicleta e incluso tuvo la sublime delicadeza de llevarle un sábado al Bogside, su barrio-ghetto de toda la vida, y

hacer allí que una de sus antiguas alumnas, maestra de veintimuchos y odalisca ocasional, le ascendiese dulcemente al empleo de republicano.

Recordaba otra excursión, todo un día en Belfast para que Siobhán le mostrase lo que merecía más la pena de la sucia y descascarillada ciudad. A la vuelta pararon a cenar en el sombrío, inquietante Bogside. Estaban a media pizza de tasca tenebrosa cuando una camarera susurró algo en el oído de Siobhán. Al momento salían disparados. Según bajaban por Lecky Rd hasta enfilarse la Letterkenny Rd., a fin de abandonar cuanto antes la ominosa Derry, veían con inquietud a los gorilas del Royal Ulster Constabulary congregados en las esquinas, y a los torvos paracaidistas de Her Fuckin' Majesty mirarles con una cara más hostil que la de costumbre. Siobhán, aun así, conservaba su presencia de ánimo, y hasta encendió la radio para confirmar que Lord Louis Mountbatten, Comandante del Sudeste Asiático durante la Segunda Guerra Mundial y último Virrey de la India, había volado con su barco por cortesía del Irish Republican Army, según aparejaba del idílico pueblecito de Mullaghmore, allí donde días antes había enseñado a su pupilo a distinguir el *whiskey* del *whisky*.

Ya en Donegal se detuvieron en un bar. Siobhán tenía ganas de hablar. Aquello, decía, no sólo era espantoso, sino que acarrearía más muertes. Ahí se lanzó por la historia de las acaecidas sólo en aquella generación, desde que acabara una Guerra Mundial que habría debido traer la paz al Ulster pero que no la trajo, y cuando él preguntó por qué resultaba tan difícil que la gente hiciese frente hombro con

hombro al enemigo común, que según ella era la pobreza, escuchó algo que pese al tiempo transcurrido no se le iba de la cabeza, por encontrarlo amargamente familiar:

—Si analizas la vida de los irlandeses en las últimas generaciones, encontrarás que pocas familias de los treinta y dos condados no tienen un muerto, un encarcelado, un torturado o un apaleado. También, que son raras las que no tienen un emigrado. No hay ofensa mayor, créeme, que verte forzado a huir por hambre, a dejar tu tierra, tu gente, tu cultura... tu vida entera, sólo porque un gobierno miserable te ha hecho tan pobre que no te quede otra que marchar. De ahí que para ciertas cosas no razonemos con la cabeza, sino con las tripas. ¿Sabes qué significa eso? Lo entenderás cuando lleguemos a Letterkenny, cuando veas cientos de buenas personas, de buena gente, congregados frente a la catedral de St. Eunan para celebrar que a ese pobre viejo le acaban de dar por culo. Si el odio anida en las tripas deja de haber solución, Kjell. Quizá cuando pasen muchos años, pero si son años con muertos, y nos esperan muchos años con muertos, no valdrán para nada. Tienes suerte al no ser irlandés, *my dear little boy*.

—¡Kjell Oscarius!

Suspiró, con pesar. Adiós al esplendoroso Letterkenny de 1979. Se hallaba, de nuevo, en el miserable Centro de Instrucción y Reclutamiento de 1990.

—¡Meirelles!

El suboficial siguió pasando lista. Tenía cuarenta y cuatro años, una esposa, cuatro hijos, una hipoteca y muchas letras por pagar. Se sacaba un sobresueldo vendiendo a un

selecto número de caballeros un derecho inusitado, el de poder largarse nada más pasar lista. Kjell había pagado el precio sin dudar, sin regatear y sin el menor esfuerzo, ya que compensaba la desdicha de no haberse librado de la mili con andar muy bien de fondos. Había llegado al suboficial gracias a un cabo furriel en verdad providencial. A éste le conoció porque, nada más llegar al infame lugar, se puso a buscar algún ser de aspecto mundano, con el que pudiera negociar una mejora significativa de sus condiciones existenciales. El furriel parecía prometedor. Un sujeto que acepta ser cabo profesional en un ejército tan lamentable como aquél, ganando lo que ganan los desventurados cabos profesionales, con seguridad tendría precio. No le costó saber a cuánto ascendía. Sólo un «¿te apetece una cerveza?» contestado con un «aquí no; ¿tienes coche?» Minutos después, y frente a un resplandeciente Audi Quattro, los dos tuvieron claro que aquél era el comienzo de una noble amistad.



Cuatro días sin ir por casa, de barracón y mal dormir, aunque ya eran cosa del pasado. De ahí en adelante desaparecería tras gritar «¡Meirelles!», aunque sin olvidar que al jurar bandera comenzaría lo importante. Lo trascendente. «¿Qué te gustaría?», le había preguntado su furriel a sueldo. «¿Una mili de futbolista, dices? Pues hazte futbolista. Razona, tío, razona. ¿La escuadrilla 11, o la 12? ¿Que si te puedo meter allí? Pues claro. El problema es que la 11 es la escuadrilla de honores de la Región Aérea Central, y los

desgraciados que van allí se pasan la vida desfilando. Allí hay muchos enchufados, ya lo sé, pero tú no tienes enchufe. Si acabaras ahí serías de los pringados que desfilan. ¿La 12? Aún peor. Cubren las necesidades de la Región Aérea, que son cuatrocientos tíos. Como allí se camuflan los enchufados institucionales, empezando por los puñeteros deportistas, el marrón se lo comen sesenta o setenta desgraciados, de modo que cascarías quince guardias al mes. ¿Las bases aéreas? Como la 12, pero sin pase de pernocta. Para cortársela, ya lo ves. Lo mejor, el Escuadrón de Servicios. El del Cuartel General. Es un destino tan grande que cualquiera con vista, y con pasta, se lo puede montar guapo. Si sabe por donde pisa, claro está. Te lo explico: hay tres escuadrillas. La primera, seguridad y vigilancia. Exclusiva para universitarios. Pringan un huevo. Guardia cada dos días. La segunda, todavía peor. Ahí meten a los paletos. Limpieza, cocinas, cantina, la policlínica..., en fin, toda la mierda de la puñetera casa. Tiene sus enchufes, no digo que no, pero tú no conoces a nadie, o no estaríamos hablando, ¿verdad? La tercera es la buena. Os reparten por los destinos y hacéis de chachas, aunque a las tres de la tarde todo el mundo a la calle. Una guardia por semana, pero de retén, sin escopeta, que son las jodidas. Ahora, puede haber mala suerte y que te caiga un destino cabrón, de sábados y domingos. Si no te quieres arriesgar apúntate a conducir. Pocos lo saben, pero el Escuadrón tiene un Grupo de Automóviles. No allí, sino en un barracón cerca del río. Autos blindados para llevar y traer jefazos y jefecillos, furgonetas para repartir paquetones y coches de mensajería.

No conduzcas para jefazos. Te lo propondrán, pero dices que no. Ya llevan doce muertos, y más que caerán. Las furgonetas son una mierda porque se curra sábados y domingos. Los coches de mensajería son lo mejor. Te destinan a un Mando, que hay muchos, y cada día sales por ahí, a llevar y traer cartas. Vuelves a la hora de comer y adiós muy buenas, que os den por culo a todos. Hay que ir todos los días, pero libras las tardes y los fines de semana. Si lo que buscas es algo sin sorpresas, esto es lo mejor que te puedo conseguir».

En eso habían quedado. Él tomó también la precaución de afiliarse como Licenciado en Historia. Valía mil dólares al día, que a ese precio le alquilaba su empresa, y no pensaba dejarse sodomizar por la basura que le pagaría la puta patria de los huevos. Si tenía que afiliarse debía de ser porque los datos de los reclutas no estaban informatizados. Según el furriel, nadie se molestaba en cotejar los nuevos con los declarados al incorporarse. Así evitaría ser cazado por la Informática Militar, que sin duda estaría encantada de ligarse por la cara un profesional como él, y dado que un Licenciado en Historia debía de valer allí dentro lo mismo que fuera de allí, le pondrían a conducir y le dejarían en paz.

Se detenía frente a su casa. Un chalé de cuatro alturas rodeado de un jardín no muy pequeño. Un disparate para uno que vive solo, pero desde su frailuna niñez sufría una insaciable necesidad de metros cuadrados, de sentir mucho espacio alrededor. Espacio vacío, sin nadie que pululase por allí. Su madre, semanas antes de morir, había metido

allí hasta el último céntimo que le quedaba, con lo cual apenas pagó el tercio que la inmobiliaria cobraba en negro. El resto era una hipoteca colosal que hasta pocos meses antes le quitaba el sueño, aunque por entonces, y gracias a los dioses, ya no le preocupaba.

Un alegre ladrido y una masa que se le venía encima. Blücher era, como él, hosco, suspicaz y muy desconfiado. Les venía de pertenecer a razas esquinadas. Él era un hijo de puta, una especie dotada de una peculiaridad inusitada: muy pocos han conocido jamás alguien que lo sea, o que acepte que lo es. Blücher era un *komondor* de impecable pedigrí, avieso pastor de la estepa húngara bien capaz de cargarse a dentelladas los pescuezos de los sempiternos enemigos del rebaño: el oso, el lobo y el zíngaro. Había llegado a su vida bajo la forma de cachorro moribundo. Él no sabía de perros y menos aún de criarlos, pero aquel amasijo indefenso, de ojillos apenas abiertos, le había lanzado un parpadeo suplicante para después lamerle un dedo. La primera muestra de cariño espontáneo que padecía en su vida. No supo resistirse. Poseer algo que le adorase sin pedirle antes la VISA le hizo una instantánea ilusión, y de ahí el quedárselo. Se autojustificó aduciendo que cuando creciera sería un buen guardián, aunque no era eso. Blücher entraba en su vida por quererle a primera vista, y él, insensato, sucumbía por un simple lametón. En cualquier caso había hecho un buen trabajo, se decía con objetividad, sin orgullo: nadie habría podido imaginar que aquel pingajo desnutrido, destetado del peor modo imaginable —madre degollada cuando amamanta su camada por señora de

la casa borracha de caerse, que así ajusta cuentas con su dueño y señor—, algún día ofrecería ese aspecto imponente, alzando sus ciento veinte libras sobre las patas traseras y dejando reposar las delanteras en los hombros de su amo, la respiración entrecortada, los ojillos expectantes y la lengua colgando entre los pavorosos colmillos inferiores, éstos que tan prodigiosamente se orientaban a la hora de buscar yugulares. No todo el mérito era suyo, lo aceptaba. Dejando a un lado los acreditables a la veterinaria de un cercano centro comercial, el resto era imputable a su *pet-sitter*, que también acababa de llegar.

—¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Que ya sólo vas a pasar lista? Qué suerte, ¿no? Ah, que no es suerte. ¿A quién has sobornado esta vez? —Kjell se encogió de hombros; Gloria le caía bien, pero su idealismo adolescente le impacientaba; las canguros izquierdas de diecisiete mal cumplidos no se llevan bien con el cinismo natural de los hijos de las putas—. Deberías ir por comida. Este monstruo se lo ha zampado todo. Un poco más y se me come a mí. ¿No se te olvidará? Bueno, pues hasta la noche.

Un acuerdo tan viejo como su vida en la urba. Los vecinos, en general, eran sociables. Él no lo era, pero sin renunciar a su derecho de pasear por la pradera que flanqueaba la piscina, donde solían congregarse adolescentes bien crecidos; los evitaba por intuir que un «hijo» por edad aunque «propietario» por derecho tendría mal encaje social, pero Blücher le obligó a tratar con una de las adolescentes. Fue un accidente, ya que al día de vivir con él lo sacó a la pradera para verle corretear, con la fortuna de hacerlo en

el radio visual de una pelirroja de dieciséis, alta y robusta, que nada más ver al cachorro abandonó a su basca y en dos zancadas se hizo con él, para subírselo encima, putearle con dulzura y atontarle a cariñines. El animal, encantado, acabó por hacerse una bola entre sus tetas, de modo que Kjell hubo de contestar cuando la dueña de las dos le preguntó cómo se llamaban. El perro y él. Ella, explicó después, vivía dos casas más allá y se levantaba un dinerillo cangureando niños y también perros, que son más listos y dan menos trabajo. Él ni se lo pensó, así que al momento llegaron a un acuerdo: ella lo sacaría una hora cada tarde y luego le haría la cena. Cuando él se fuera de viaje lo sacaría también por la mañana, y cada mes le daría un baño. Un acuerdo que seguía funcionando a plena satisfacción.

Vio desaparecer a la vecina en su propio jardín. Hora de ponerse a trabajar, suspiró para sí mismo al tiempo de regalar una displicente caricia de amo al que sin duda le adoraba. La clase de sentimiento, pensaba él, que sólo puede padecer un perro.



Los grandes usuarios informáticos padecen un estigma común: todos quieren poner cuernos a sus proveedores. De entre los principales destacan las compañías aéreas, y de entre éstas las Internacionales de Bandera, o IBs. La de aquel país repartía sus presupuestos entre dos tradicionales suministradores del sector. Lo hacía con desgana, sabiéndose ordeñada cual res cautiva. De ahí que a mediados del

89 viese con alegría la posibilidad de aflojar el yugo, pues necesitaba un sistema de apoyo a las agencias de viaje que sus proveedores no tenían en catálogo. Era una ocasión ideal para pedir soluciones a toda empresa capaz de ofrecer tecnología de la conocida por «abierta». Dado lo peligroso de tal audacia —el Consejo de Administración era sensible a las advertencias espeluznantes dejadas caer en restaurantes carísimos por colegas de consejo que también lo eran de multinacionales informáticas, tan importantes como influyentes—, el aprensivo Director de Sistemas de Información ordenó adjudicar por méritos, lo que implicaba organizar un *benchmark*, o prueba comparativa de rendimiento y capacidad. Escarmentado en cabezas ajenas, y deseoso de conservar la suya sobre sus hombros, exigió que se diseñase tan objetivo y profesional como fuera posible. En la Navidad de 1989 los pliegos de condiciones llegaron a los departamentos comerciales de las multinacionales informáticas y los grandes consultores. También, a los de algún distribuidor de productos informáticos acreditado ante la Central de Compras de la poderosa IB.

En el país operaban Bull, CDC, Compaq, Data General, DEC, Fujitsu, Hewlett Packard, Hitachi, IBM, ICL, NCR, Nippon, Nixdorf, Olivetti, Philips, Sequent, Siemens, Sun y Unisys. Una de ellas daba empleo a Kjell; en ella todavía no se padecían las masacres laborales propias del sector, aunque sí reorganizaciones precursoras, y con cada una se iban a la calle unos cuantos cincuentones. Algunos se llevaban pequeñas fortunas, pero la mayoría se veía frente a porvenires muy sombríos. De ahí las batallas

por conseguir mejoras sobre los cuarenta y cinco días por año de antigüedad en que las leyes laborales tasaban la indemnización por despido improcedente. El Comité de Empresa explicaba lo poco que arañaba en animadas asambleas a las que Kjell jamás asistía. La solidaridad y él se ignoraban mutuamente, consecuencia, suponía, de su hijoputez existencial. Que la solidaridad fuese un concepto positivo no le libraba, opinaba él, de una pestilencia gregaria. Más de una vez, acosado por aguerridos enlaces sindicales, había explicado con hastío que la unión entre trabajadores sólo sirve para proteger a los que no saben defenderse solos, lo que no era su caso. Una posición que habría liquidado su popularidad de haber tenido alguna, pero él no era popular, entre otras cosas porque rechazaba toda clase de trato personal. El trabajo, para él, era el precio de su independencia. Sólo le importaba su salario. No le afectaba que aquello fuera el distintivo de los mercenarios, porque su filosofía era cien por cien mercenaria. De hecho, le asombraba que hubiese otras. A eso se debía su desprecio por los periódicos cursos de motivación que organizaba la dirección de RRHH de su empresa; se los saltaba todos, y cuando alguna vez le conminaban a que se tragase uno solía responder lo mismo:

—El salario es la única motivación del empleado eficaz; el propósito de las demás es engañar a los gilipollas para que piensen que la pasta no es lo importante; la compañía debería pensarse qué le conviene más: un empleado competente que trabaje por la paga o un imbécil que lo haga por todas esas tonterías que se predicán en los cursos de

motivación. Por mi parte, lo tengo la mar de claro: yo trabajo por dinero, y sólo por dinero.

Había regresado de Letterkenny resuelto a no volver al internado. Eso le supuso una dura confrontación con su madre, aunque al final llegaron a un acuerdo: viviría en un piso de las afueras que aquélla poseía desde unos años antes, donde apenas recalaba porque prefería un apartamento cercano al *downtown* empresarial, su caladero natural; haría el bachillerato en un instituto situado a una hora de metro y cuando llegara el momento de pensar en la universidad ya verían cómo seguían. Así, en octubre del 80 y en el patio del tal instituto pasaba lista de un negro muy sombrío, el color que años después seguía siendo su sello personal. Aquel centro escolar formaba parte de la red ministerial, de modo que a través de sus terminales seguía parpadeando el ya vetusto 1108. Su aula informática estaba poblada de incompetentes, comenzando por el profesor, un infeliz cuya neurona llevaba quince años atascada en la «marca de grupo con marca de palabra» del antediluviano IBM 1401. Con él Kjell aprendió a desarrollar un arte utilísimo: seducir idiotas a cambio de nada. El profesor, un bendito, no sólo alababa sus proezas informáticas, sino que le convertía en «suficiente» merecidos «necesita mejorar» en las asignaturas humanísticas, a las cuales despreciaba porque no valían para ganar dinero, lo único que para él era importante; curiosamente, jamás necesitó de sus oficios para conseguir holgadas matrículas de honor en matemáticas y alemán; para el perplejo claustro, aquel hirsuto Kjell Oscarius —adoraba el *look* del Che Guevara— era de los casos más extremos que allí se recordaban.

El buen profesor hizo, también, algo que Kjell supo aprovechar: le presentó un antiguo alumno que ganaba un buen dinero escribiendo juegos para consolas, un género de programación muy distinto de los que ofrecía el 1108. Lo encontró fascinante. No por sed de conocimientos. La vida profesional de una puta de hotel caro es tan breve como la de un defensa central. Su madre rondaba los treinta y seis. A la que pasaran unos años viviría de lo que rindieran sus ahorros, del sexo telefónico y de algunas raras perversiones donde la edad no importaba demasiado. En ese porvenir no había sitio para él. De ahí que pusiera buena cara cuando escuchó que si le compraba uno de los recién aparecidos PC's y le ayudaba un tiempo con el alquiler de una buhardilla, no tendría que preocuparse de su vida. Así, en marzo de 1982, coincidiendo con su cumpleaños dieciséis, instaló el artefacto en una que su madre le había conseguido en el todavía muy barato *ghetto* de los gays. Ahí vivía como un monje informático. Casi todo el tiempo se le iba en programar, salvo el mínimo imprescindible para pasar cursos. Pretendía convertir en arte lo que para otro sólo sería trabajo, así como ahorrar cuanto pudiese, pues la cautela natural de los hijos de las putas le advertía que tras él no había nadie. Sólo empezó a relajarse hacia el verano de sus diecinueve, cuando una multinacional preguntó al rector de Informática, como hacía cada junio, si había surgido algún talento. Éste respondió que había un chico de primero muy prometedor. Le llamaron —por curiosidad; la costumbre de la casa era ofrecer becas a los que ya llevaban media carrera, no antes—, charlaron

unos minutos y le sentaron frente a un PC, y luego ante una *workstation*. Una hora después apostaban por él y no como becario, sino como empleado regular. Esa noche Kjell se dijo que los garbanzos ya estaban a salvo; el caviar y el solomillo llegarían con el tiempo. Sabía de unos cuantos chalados que vivían para programar, pero que se habían dejado deslumbrar por unos ingresos iniciales tan cuantiosos como ilusorios. Un error que les hacía cometer otros aún peores: entraparse, casarse y reproducirse, para terminar como programadores de medio pelo en empresillas de perra gorda y sardina, ganando una miseria y a menudo sin saber si a fin de mes cobrarían o no. Sus cautelosos planteamientos serían lentos y prosaicos, lo aceptaba, pero él era un mercenario, no un aventurero.

La empresa tenía hueco en la más dura de las suertes comerciales: correr *benchmarks*, algo que requería conocimientos profundos, gran resistencia física —solía implicar semanas de muy poco dormir— y fenomenal precisión a la hora de programar. Él, ya el primer día, demostró poseer lo que desbordaba el concepto «profesional» para ser considerado magia negra: programar a gran velocidad con cero errores. No era ciencia infusa; escribir juegos para consolas, siempre contra el tiempo y por cuenta de negreros —«o está mañana o no te compro nada más en tu puta vida»—, desarrolla muy al extremo la más dolorosa de las artes informáticas.

El *benchmark* de la IB era de los muy complejos —de éstos rara vez caía más de uno al año, y de ahí que a menudo le alquilasen a otras filiales; le gustaba, pues así gana-

ba más y de paso veía mundo—; a Kjell le sorprendió el planteamiento del responsable de la cuenta, un ejecutivo carismático cuyas habilidades, se murmuraba, eran comer bien, beber mejor, ir de putas como nadie y jugar al golf de maravilla, todo ello en compañía de magníficos clientes y siempre pasando las facturas. Según afirmaba, la IB estaba tan saturada de software «propietario» —el que sólo funciona en un hardware específico— que aquel nuevo sistema debería ser cien por cien «abierto» —lo contrario de «propietario»—; también, que ganaría el que hiciese menos trampas. La experiencia del escéptico Kjell decía que al final siempre se lo lleva el que corre más, lo haga como lo haga. De seguir aquellas directrices acabarían fatal. Pensó en decírselo a su jefe, pero el agresivo ejecutivo era por entonces el favorito de los dioses. Ponerse contra el viento sería una imprudencia, de modo que acabó encogiéndose de hombros, tan disciplinado como sabía ser cuando le daba todo igual.

La filial no atendía directamente a todos sus clientes. Contaba con un cierto número de distribuidores, más o menos eficaces, más o menos disciplinados y más o menos peligrosos. Uno era famoso por su eficacia —vendía demasiado—, su indisciplina —lo hacía donde le daba la gana— y su peligrosidad —no se surtía de la indignada filial, sino de un mayorista holandés igual de pirata—. Su dueño sabía de Kjell, pues en alguna ocasión se lo había cedido la filial para que le ayudara en sus propios *benchmarks*. Una noche de febrero Kjell recibió una llamada del tal, invitándole a una copa. Se la tomaron, ésa y alguna más; así supo que su interlocutor

estaba en la carrera y que no compartía la visión del favorito de los dioses. Pensaba como Kjell: ganaría el de mejor rendimiento. Tras eso le planteó, a las claras, si estaría dispuesto a correr dos *benchmarks*, uno por cuenta de la filial y el otro por la suya; con la máquina que pensaba configurar, más las reconocidas habilidades de Kjell, ganarían sin problemas. Éste, que tan especulativo como siempre ya traía su cifra pensada —lo que restaba de hipoteca—, la dejó caer, el otro aceptó con la soltura y la determinación propias de un dueño, y así sellaron otra noble amistad.

El agresivo ejecutivo, semanas después, veía en globo su poltrona tras saber que ganaba el distribuidor. Nunca sospechó que tras éste se agazapaba un Oscarius más sombrío de lo habitual. Era porque la victoria venía con sorpresa: la IB les adjudicaba el contrato no por el rendimiento espectacular, sino por el gestor transaccional que lo impulsaba. Sus técnicos habían dictaminado que sin aquella joya de la programación sería una máquina como las demás. De ahí que llamaran al distribuidor y le plantearan un ucuse: «o nos escribes un gestor transaccional con todos sus complementos, válido para un entorno de producción, o pasamos el contrato al que ha quedado segundo; tú verás». El distribuidor, cuyos conocimientos técnicos no le daban para entender, lo trasladó a Kjell como una bobada final, aduciendo que bastaría con retocar un poquito lo ya desarrollado, para sobrecogerse al oír que no, que los facinerosos de la IB exigían un HVTIP*, un asunto tan in-

* High Volume Transaction Interface Package. Nombre genérico que reciben algunos sistemas de gestión transaccional de alto rendimiento.

finitamente más complejo que supondría el trabajo de media docena de profesionales muy expertos durante un buen número de meses. Era muy desconfiado, tanto como para pensar que Kjell exageraba con ánimo de arañar unas monedas, pero los de la IB le sacaron de dudas cuando les dijo, muy serio, que aquello no lo realizaba por menos de millón y medio de dólares adicionales, para escuchar, atónito: «conforme, aquí tienes la carta de adjudicación y ya puedes empezar». Bien sabían, como después le diría Kjell, lo que valía un HVTIP; sabrían, también, que tardaría mucho en haberlos de tipo «abierto» –no había fechas para que un producto anunciado por AT&T, *Tuxedo*, se pudiera emplear en multiprocesadores Unix matriciales–, de modo que podrían revenderlo en el zoco informático donde trapichean las compañías aéreas. Así, acabó el distribuidor por aceptar, lo que para cualquiera de su tamaño sería el contrato decisivo, hacerse un hueco entre los grandes, a él le ponía en trance de suicidarse.

Aquella noche hablaron largo rato. El socio le proponía irse con él con un salario descomunal. Él lo rechazó; sólo seguiría como hasta entonces, pues con los desalmados hay que tratar de igual a igual, jamás ponerse a sus órdenes. De ahí que se centraran en lo importante: cuánto. Kjell sabía dónde debía plantarse. Con acuerdo a los precios de la industria, de aquello podría sacar un millón de dólares. Nada más oír al otro decir que bueno, que sí, en la mente de Kjell comenzó a brillar un sol de un millón de dólares, tan cegador que no dejaba ver más. Aun así, no abandonaría su empleo. Ante la sorpresa del socio

le recordó que desde hacía meses trabajaba en casa —era de los primeros en padecer el «teletrabajo»—, de modo que podía distribuir el tiempo a su antojo. La razón de conservar el empleo era su prudencia natural, si bien explicó que debería seguir en nómina para tener acceso a los servicios de ingeniería, y que sin eso le sería imposible hacer el trabajo; una milonga, pero raro es el hijo de puta que no las canta bien. Después analizaron su inminente situación militar. El socio no tenía contactos. Sólo podía recomendarle que sobornase a quien fuese menester. Así llegaron al acuerdo fatal: Kjell escribiría el gestor transaccional y lo entregaría listo para operar. A cambio embolsaría un millón de dólares. Un cuarto al empezar, otro al alumbrar una versión sin accesorios, un tercero al entregar la final y el último cuando la IB la recepcionase, lo que debería tener lugar el 31 de mayo de 1991. Los ingresos se realizarían en su cuenta del Barclays Private Clients Ltd. de St. Helier, Jersey Island, donde guardaba todo lo que le pagaban en el exterior por ganar *benchmarks* o por terminar en fechas trabajos delicados. El socio habilitaría un par de técnicos, los cuales serían los encargados de dejarse ver ante la IB y actuar como sus ojos y sus manos a distancia, de forma que jamás él fuera visto. El problema con la patria, por último, dejaba de serlo: cuando se apunta por un millón de dólares bien se puede sacrificar un diez por ciento en comprar a quien haga falta, si con eso se logra desaparecer.

De aquello habían pasado casi cuatro meses. Pese a sus obligaciones oficiales —livianas; como buen hijo de puta era diestro en agacharse y presentar el mínimo perfil, a fin

de que que la bala pasara y matase a otro—, marchaba con adelanto. Le costaba cien horas por semana, de modo que su vida personal se había evaporado. A veces desfallecía, pero le bastaba recrear el millón en su cabeza para que todo volviese a su sitio. Aquello era un suplicio, pero acabaría con un Millón de Dólares en su cuenta de Jersey Island. ¿Qué más hace falta para no desfallecer, jamás rendirse, nunca parar, ni dudar, ni preguntarse qué hacía él allí, sentado en su buhardilla frente a dos ordenadores impacientes? Era, precisamente, lo que sucedía esa mañana en su guarida laboral, el lugar donde trabajaba, estudiaba, leía, pensaba y, alguna vez, soñaba. Se había sentado frente a sus máquinas, las había encendido y entonces, de un modo inexplicable, se paralizó. Como si un espíritu travieso le hubiera sorbido la vida. Se buscó las fuerzas, angustiado, y ahí una vocecita chillona susurró en su memoria «venga, hijo, que todo es ponerse». Cierto, Hermano João. Todo era ponerse, comenzando por conectar las máquinas a la red que recorría las cuatro alturas de la casa. De modo inconsciente, automático, tecleó los conjuros que activaban la conexión. Apenas le quedó lucidez para decirse que dejaba de ser una persona. Otra vez era parte de sus máquinas. De momento, lo prefería.

★ ★ ★

Telarañas. La eslovaca que venía una mañana por semana se lo estaba tomando a cachondeo. Ya le oiría el martes, cuando le viese allí sentado, se decía levantándose para

marchar al cercano Carrefour y hacer la compra. Qué bendición, el soborno. Qué buen invento, la corrupción. Permite sacudirse obligaciones injustas a cambio de sumas razonables, que satisfacen al comprado y no incomodan al comprador. Gran país, aquél. Nada mejor para que la inteligencia despierte que las leyes sean injustas, las administraciones incapaces y cada cual se sienta con derecho a recaudar sus propios impuestos, aunque aquél no era momento, lo aceptaba, de reparar el mundo. Lo era de dar la razón a Gloria: lo que veía frente a él no era una buhardilla, lugar concebido para el recogimiento y el asueto. Era un taller. Allí se trabajaba. En otro tiempo también se leía. No era un hábito que agradeciese a los frailes. A los internos les animaban a leer, aunque poniendo cuidado en que por ahí no se colara el octavo pecado capital: hacerlo por placer. Una prueba era su raquílica biblioteca. Con apenas siete años él era un asiduo visitante, tanto que los mosqueados religiosos a menudo investigaban qué leía ese hijo de María la Portuguesa tan poco partidario de darse a los demás y tan rácano a la hora de confesar, aunque nunca le prohibieron nada. Confiaban en lo inofensivo de su reserva literaria. No veían riesgo en que aquel hijo de ramera leyera y relejera los contados libros que le interesaban, pues bien sabían que las posibilidades de dar allí con obras peligrosas eran nulas. La literatura juvenil era también escasa. El autor más moderno que se podía encontrar en sus anaqueles era Julio Verne, y en él se volcó Kjell nada más dar con él. Aun así, el buen francés no podía considerarse al día desde los exigentes puntos de vista tecnológicos de un

niño nacido en 1966, de modo que al cabo de un tiempo sólo *Dos años de vacaciones* despertaba su complicada imaginación. Otras obras la estimulaban mejor.

El objeto del internado no sólo era educar niños problemáticos. Era, también, un banderín de enganche. La cifra de internos que ingresaban en las academias de suboficiales era inusitadamente alta. Influyó la sutil forma en que los hermanos iniciaban la siembra. En su biblioteca eran comunes los textos sesgados hacia el heroísmo y el sacrificio. Él llegó a ellos tras desdeñar *Los tres mosqueteros*. Buscaba héroes razonables, que perdieran, pero no sabía encontrarlos. Si eligió un determinado volumen fue por su título: *Corsarios alemanes en la Segunda Guerra Mundial*. Él no distinguía entre corsarios, piratas, bucaneros y filibusteros. En su cosmogonía de por entonces, aún muy elemental, no cabía considerar a los serios, jerarquizados y organizadísimos alemanes, modelo sociocultural predilecto de aquellos frailes nazificados, como caóticos e indisciplinados piratas de La Martinica, por ejemplo. Quizá el libro le desvelara un misterio insospechado.

Los dioses son unos cachondos, aceptaba sonriendo con ternura. Con aquellos libros los frailes pretendían estimular vocaciones abnegadas, sometidas, devotas y disciplinadas, pero en su caso habían creado justo lo contrario: un corsario anarquista. El libro, rebosante de aventuras extraordinarias, y por si fuera poco ciertas, reales, abrió su imaginación a la suspicacia y al engaño, a la emboscada y al degüello, a la determinación y a la frialdad, a saber que tras de uno no hay nadie, que sólo cabe contar con la pro-

pia fuerza y los propios recursos, y que las virtudes imprescindibles para sobrevivir son saber camuflarse y no dejar testigos.

El envejecido volumen, que había distraído el día de Ahí os Quedáis, ocupaba el lugar de honor de sus caóticas estanterías. Lo flanqueaba el truculento *Das Leben und Feldzugs des Feldmarschall Fürst Blücher zu Wahlstatt*, del severo Graf Neithard von Gneisenau. Debería poner orden, que su biblioteca era un caos, aunque no era momento de divagar. Gloria. Comprarle algo. Cualquier cosa, lo que fuera. Se lo daría después, cuando viniera por Blücher. Podría proponerle ir al Uppsala, un cercano y amigable bar sueco donde Christer, su dueño, le habría echado de menos, y zamparse con ella una *pizza rochefort* regada de Taittinger, que bien podía pagarse una excentricidad. Después...

Gloria, en su tanga de bañar a Blücher, bailaba en su memoria. La barrió. Cuando se presentara en el Cuartel General habría llegado al primer hito. No debía, no podía reblandecerse. No consentiría que Gloria, ni tampoco que santa Úrsula bendita y sus once mil vírgenes marchosas, desfilando en pelota y al paso de la oca, le distrajeran. Tiempo habría, cuando acabase. Hasta entonces, apretar los dientes. Los setecientos cincuenta mil dólares aún por cobrar centelleaban al fondo del camino, como el burro de oro. ¿No sería una cabra, o un borrego? Pues igual. En materia de Viejo Testamento, lo reconocía, siempre fue un desastre.

★ ★ ★